

por singular y varonil hermosura. Sus dos mujeres le amaron con delirio. La primera, después de haberse por él separado de un opulento marido, murió por seguirle, estando enferma, en sus correrías de caza. La segunda, la madre de Byron, guardó su pasión por él con una fidelidad inquebrantable y le lloró muerto con un dolor indecible. En esta educación extraña, Byron tenía una fuente de inspiraciones, la lectura de la Biblia, que daba vigor al carácter poético de su alma con los versículos de los profetas. En algunas de sus obras se ve aquel genio áspero, severo, monótono como el simón, uniforme como el desierto, pero solemne como la inmensidad y sublime como la idea de Dios; aquel genio semítico, encerrado por Isaías en sus admirables obras y reproducido por Miguel Angel en las adustas facciones de su *Moisés*, cuya barba, enroscada como la tromba de una catarata, agita el tempestuoso viento del Sinaí. A estas inspiraciones se junta la vida de campesino, de montañés; pues desde Londres, donde naciera Byron, llevólo su madre al campo, á Aberdeen. Allí, antes del Alba, en que al grito agudo del gallo seguía el cántico melancólico de las alondras, andaba solo con el pretexto de la caza, ejercitando sus fuerzas y discurriendo con su genio vagabundo por las orillas de los precipicios, por las cumbres de los montes, por las cavernas donde todavía se oye la voz de los dioses de sus padres, para inspirarse en los espectáculos de la naturaleza y unir su vagido de poeta á la voz del Universo.

A estas aficiones campestres debió su habilidad en todos los ejercicios del cuerpo: la caza, la carrera, la gimnasia, la barra, la pelota, las armas, el nadar, el cabalgar. Cuando le comparaban con Rousseau en su vida privada, defendíase poniendo en parangón la debilidad del filósofo ginebrino con su robustez; lo desmañado y flojo de aquel cuerpo con su habilidad en todos los ejercicios corporales; los hábitos aristocráticos de elegancia suyos con lo desceñido y descuidado en el vestir de su predecesor y profeta. Bien pronto, en cuerpo tan vigoroso, carácter tan enérgico é imaginación tan exaltada, debía nacer el amor. En los primeros años de la vida, se ama sin conciencia y sin que se despierten los instintos de la naturaleza. No advertís que habéis amado sino tarde, cuando experimentáis las pasiones profundas. Entonces recordáis que preferiríais jugar entre todas con una niña; que á su lado os sentíais bien, muy bien; que la buscabais con los ojos por todas partes; que siempre venía tarde y siempre se iba pronto; que soñabais con ella en vuestro inocente lecho; y que, al despertaros, preguntabais por ella, siendo el primer deseo encontrarla y el primer dolor despedirla. Byron ha expresado este fenómeno psicológico, diciendo que amó antes de conocer el nombre de amor. No fué otra pasión ese culto de Dante por Beatriz, la niña que había visto en su infancia sonriéndole; que, al entrar en la juventud, vió coronada con las flores de la muerte; y que, después, cruzó sobre el infierno de su vida coronada por las estrellas del cielo. María Duff fué la Beatriz de Byron, su primer amor á los doce años. Reíase su madre, burlábanse los padres de la niña y

los amigos de ambas casas; pero Byron la amaba triste y gravemente, sin tener conciencia de sí mismo, y sin que ningún pensamiento impuro penetrara en el paraíso de su alma. Cuando ella le dió su retrato, una copia de su blancura, que envidiaría la nieve, de sus rosadas mejillas, de sus rubios cabellos, caídos en bucles sobre la espalda, de sus azulados ojos, Byron le dijo en uno de sus primeros versos, que prefería aquella hermosura dibujada en el lienzo, muerta, á todas las hermosuras vivas, con excepción de la que había puesto aquel retrato sobre su pecho. Esta inquietud de su alma, esta precocidad de todos los sentimientos, esta eflorescencia anticipada de la vida; la lectura de los profetas que despertaban no aprendidos cantos en su fantasía; las páginas de la historia que le arrastraban á conversar con los héroes de otros tiempos, y á verlos pasar evocados con sus ideas; el amor prematuro que le sonreía ya en la niña, como uno de esos árboles floridos antes de la primavera; sus paseos solitarios á las cumbres de los montes para ver primero que los demás mortales el sol y para seguir con la vista errante el vuelo de las nubes y de las águilas, y recoger en su oído el rumor de las selvas y de las cascadas; todo esto eran señales de esa enfermedad febril que se llama genio; de esa sed infinita por su ideal jamás alcanzado; de ese dolor que sienten los artistas, dolor de todos los momentos, dolor sin tregua, perseguidor implacable hasta el reposo del sueño, engendrado por la desproporción inmensa que hay entre la idea soñada y la cumplida, entre la hermosura ideada por la fantasía en su pureza y la hermosura restringida en las palabras y en las formas; mal devorador de que todos sufren, y de que todos mueren; su gloria, pero también su torcedor y su tormento.

Byron, este gran enfermo, independiente por su carácter, original por su genio, educado en el libre seno de la madre naturaleza, iba á encontrarse bien joven metido en la jaula de una de esas sociedades que templan las enérgicas fuerzas de su libertad con el rigor de las costumbres. En donde quiera que la libertad es grande, la costumbre es imperiosa. Donde falta el freno de la ley escrita pone el tácito asentimiento de todos el freno de sus leyes convencionales. En ninguna parte de Europa el individuo es más libre, su hogar más seguro, su conciencia más respetada, su palabra y su idea más independientes que en la Gran Bretaña, eterno objeto de nuestra admiración; pero en ninguna parte las costumbres son más tiránicas. El *sans facon* francés, el descuido nuestro, la facilidad con que suprimimos todo ceremonial, la ligereza con que salvamos todas las distancias, la familiaridad de nuestra conversación y de nuestras maneras no se conocen allí, en Inglaterra. Y no creáis que me pongo de nuestra parte. Yo daría un tantico de nuestras costumbres niveladoras é igualitarias á cambio de otro tanto de la libertad inglesa, que jamás he visto practicada ni en Francia ni en España como en Inglaterra. Yo amo igualmente la libertad y la igualdad; no las concibo divididas; las creo, no condiciones, esencias de la justicia. Pero separadlas y dadme á elegir una de las dos; yo opto por la

libertad. En Francia hay más igualdad que en Inglaterra. En Inglaterra hay más libertad que en Francia. Yo opto por Inglaterra. No lo dudéis; en Inglaterra, sin ser ciudadano inglés, os halláis en vuestra casa, bajo el amparo de las leyes inglesas, que se cumplen tan rigurosamente como las leyes del universo. En Francia me hallo á merced del comisario del barrio, é ignoro si el conserje que me abre la puerta de la casa es de la policía secreta. No conozco un monstruo más terrible que un gobierno arbitrario. Un tigre puede rasgarme las carnes; el despotismo desgarrar la conciencia. Pero es necesario comprender que la libertad no es un dón gratuito y un objeto de juego y de lujo; se obtiene con una grande madurez de juicio, y se consolida con una grande severidad de costumbres. Los pequeños sacrificios que pueda exigir en la soledad se compensan sobradamente con esa dignidad tan necesaria para los pueblos y tan satisfactoria como la voz de la conciencia tranquila y virtuosa para los individuos. Así, las libertades inglesas hallan su contrapeso natural en la rigidez de las costumbres, que se impone sin necesidad de leyes ni autoridades, por la fuerza social. Es difícilísimo explicar esta idea á los hombres habituados á vivir en el despotismo. En mis ya largos viajes por Europa, he encontrado muchos rusos; y, entre estos rusos, uno solo reaccionario. Este trataba de probarme una tesis bien singular; á saber: San Petersburgo es más libre que Nueva York. Debe advertirse que el ruso era un príncipe: pero un príncipe músico. La razón que me daba para sostener su tesis me provocaba á risa; en Nueva-York no se puede tocar el violín en domingo. Efectivamente; imposible que los meridionales comprendan jamás cómo se celebra el domingo en los pueblos anglo-sajones; diríanse muertas las ciudades; embargada, por lo menos, el habla de sus habitantes veinticuatro horas. Imposible que comprendan todo el largo ceremonial de las costumbres inglesas; los toques á la puerta, las reverencias de rúbrica, los complicados tratamientos, según las diversas categorías, en fin, todas estas infinitas trabas con que el instinto disciplina el individualismo anglo-sajón para separarlo de la anarquía, para impedirle el desorden.

He aquí á Byron, independiente por naturaleza, orgulloso en su genio, educado en las montañas, y de pronto metido en una sociedad complicada y ceremoniosa. He aquí á Byron, que se cree superior á cuantos le rodean, forzado á bajar la frente, á doblar la espina dorsal para obedecer las preocupaciones generales. Su verdadero hogar había sido la caverna osiánica, desde donde veía levantarse los astros ó formarse las nubes con los vapores del valle, al son del viento que agitaba la cabellera salvaje de los pinos y recogía los mugidos de las cataratas mezcladas con el grito agudo de las águilas. Su única profesión había sido saltar, correr, como para desmentir su cojera; ejercer sus fuerzas al modo que los antiguos klanes de Escocia; confiar, como los bardos, sus versos á los giros del viento, á las alas del aire; errar por los desfiladeros para bañar su alma en los plateados rayos de la luna; subir á la cima de las montañas, como para alcanzar con la mano lo

infinito, ese infinito que tenía tan cerca de sí en su alma, abrumándolo con su peso, como abruma todas las grandezas humanas. Este sér extraño, salvaje por el carácter, montañés por las costumbres, poeta por el genio sublime, y por lo mismo incomprendible, iba á caer en la sociedad más mecánica del universo y á sentirse destrozado por los dientes de sus ruedas. El destino, que le sonriera, dándole, por muerte de su tío, la dignidad de par hereditaria, le castigaba á ser aun más obediente á las costumbres inglesas. Recibió-la con grande contento, y no le previno su instinto que esa dignidad sería su cadena. Así de las humildísimas escuelas de Aberdeen, donde aprendiera las primeras letras y el latín, pasó al colegio de Harrow. La vida en común se apropiaba poco á su genio, quien, á la manera de los altos picos, se dibujaba en la soledad. La disciplina del colegio todavía cuadraba menos á su nativa libertad de carácter. Sus conveniencias eran inconveniencias; sus gustos particulares, generales disgustos. A mayor abundamiento, el maldito pie le hacía sufrir. Pero más aún que la enfermedad, las varias curas; más que las curas, el ridículo. Hasta su madre se reía de la cojera del gran señor, que no podría escalar la tribuna, ese pedestal de la aristocracia inglesa, sino tambaleándose como un borracho. Todas esas contrariedades derramaban á torrentes en su alma esa hiel que luego destilaron sus versos: hiel mezclada en gran cantidad á toda la levadura de la vida de su siglo. Así, cuando podía desasirse de las obligaciones disciplinarias y leer á su gusto, devoraba libros de viajes para detenerse en las páginas de los naufragios, como buen nieto de normandos, como hijo digno de ingleses. Allí, acalorando su fantasía, mezclaba el bramido de sus tempestades interiores, el hervor de sus pasiones, el relampagueo de sus ideas, el rayo que taladraba sus sienes, con las olas hirvientes, con los huracanes desatados, con la batalla de los vientos y las aguas, con el choque de las frágiles tablas contra los escollos, con los clamores desesperados de los naufragos. Concíbese fácilmente que su primera traducción fuera el prólogo del Prometeo, nacido, como él, con la llama celeste en la frente, como él, encadenado á la tierra, en lucha con el orgullo de los dioses y la ingratitude de los hombres. A un mismo tiempo la savia que corría por todo su sér se acumulaba en el corazón y en la cabeza. Así, amaba á sus amigos del colegio y odiaba á sus enemigos con furiosa pasión. Y como, á pesar de su nacimiento aristocrático y de su orgullo de lord, tuvo siempre tendencias reformadoras y progresivas, odió la tiranía de los fuertes, y entusiasmado por la emancipación de los débiles, se interponía para impedir que los recién llegados fuesen perseguidos y maltratados por sus compañeros, como allí era de antigua usanza. Una vez, cierto colegial de mucha edad y mucha fuerza, había decretado, en compañía de otros, atormentar á un débil ó pobre niño, con un número determinado de golpes, en la terrible novatada. Cuando estaban mediando su cruel tarea, llegó Byron corriendo, se echó á sus pies, y dijo: «Dejadle á él, y yo sufriré la segunda mitad de los golpes.»

Mas, á estos arrebatos del corazón, unía extravagancias infinitas. Ignoraba que al genio sólomente le es dado desplegar todas sus alas allá en las altas cimas de las ideas. Ignoraba que los hombres de poderosa imaginación suelen ser como las aves de poderoso vuelo; inhábiles para andar por la tierra. Su cojera le inspiraba actos de desesperación cercanos á la demencia. Apenas sentía su cojera moral, no menos triste. Artista, y artista plástico, gustábale imitar el reposo de las estatuas antiguas, eternamente serenas en la bienaventurada perfección de sus formas. Pero ¿qué serenidad estatuaria es dado tener á un cojo? La modestia de su traje podía ocultar la imperfección de su cuerpo. Más chocaba con el gusto inglés, vistiéndose lujosamente á la oriental, con seda crujidora y matizada, gasas de oro y plata, turbantes sembrados de pedrería, la roja faja al cinto cargada de cuchillos y pistolas con maravillosísimas cinceladuras, imitando así de antemano esa legión de héroes y leyendas orientales que llevaba en su cabeza y que debía más tarde pintar en sus versos. Especialmente, vestía así en sus primeras vacaciones, en Bath, donde comenzaron esas orgías en que debiera malgastar tanta vida, y, por consecuencia, tanto genio; porque en Byron vivir era pensar, era idear, era producir, era cantar. Faltándole el amor maternal, sus amigos de la infancia pudieran moderar sus ímpetus con sabios consejos, y, sobre todo, con sabios ejemplos. Pero tuvo la desgracia de que todos aquellos amigos, moderados en conducta, prudentes en carácter, conocedores del mundo, flexibles para tejer su vida, sin cortar el hilo de sus pasiones en el cilindro de la sociedad inglesa; todos esos jóvenes de talento analítico y de profunda experiencia murieron pronto y le dejaron abandonado al torbellino de su genio, á las ráfagas de sus fantásticas ideas, que formaban una espiral gigantesca á su alrededor, impidiéndole oír la voz de la sociedad. Byron los había llorado tiernamente. Como él decía, si el llanto pudiese alguna vez desarmar á la muerte, forzarla á devolver la vida robada, resucitarían sus amigos á sus desgarradores sollozos. Pero si la muerte le había robado sus amigos, si había querido que el genio de una madre no fuese tan dulce para él como para el resto de los mortales, todavía era capaz de salvarle una pasión: la pasión de los milagros, el amor. Mas todo había de ser trágico en la vida de este hombre. El amor primero de su infancia murió, desvaneciéndose á la manera que se desvanecen esas figuras fantásticas dibujadas por la fiebre en las retinas encendidas como hornos. Y, por su mal, se enamoró de Miss Chaworth, joven hermosa, perteneciente á la familia enemiga de su familia. Su tío, el jefe de la raza de Byron, había matado al tío de su amada, al jefe de la raza de Chaworth. Abrióse, pues, entre los dos un abismo como el que separaba á Julieta y Romeo. Un cadáver se interponía entre los dos corazones. Byron no quería quedarse por las noches en el castillo habitado por su amada, temeroso de que los retratos de sus antepasados se animaran, y fueran á la armería á ceñirse sus antiguos arreos de pelear para herir al descendiente último, al representante único de la estirpe odiosa, cuyas sacrilegas manos los había salpicado de

sangre en el seno mismo de la muerte. Pero cuando su amada salía, cuando le era dado verla á la sombra de los grandes árboles, sobre la fresca yerba del prado, más ligera que la niebla, enviándole de su frente un resplandor tan dulce como el resplandor de la luna llena, y trayéndole en sus ojos el azul cielo oculto siempre tras las nubes, todo su sér se calmaba, como el océano al beso de la brisa, y su poesía soñadora é inquieta callaba vencida por la realidad. El poeta de genio necesita estas armonías de la vida para elevarse á los grandes principios generales de su siglo, y cantar, como Homero, los objetos, ó como Shakespeare, las pasiones, ó como Calderón, las ideas, ó como Goethe, las ciencias, antes que sus propios sentimientos. Quién sabe si, preso en aquel amor, detenido en el encanto de una pasión serena, sin las tempestades que lo asaltaron, sin las dudas que lo persiguieron, hubiera sido Byron el poeta objetivo capaz de darnos el poema cíclico de nuestra edad, en vez de ser el poeta subjetivo que nos ha dado pedazos de su corazón palpitantes y sangrientos. La bella heredera de la familia Chaworth tenía diez y seis años á la sazón; dos más que su rendido amator. El niño comenzaba á pensar como hombre; se proponía casarse; reconciliar en su lecho nupcial hasta los manes de dos familias enemigas; juntar gloriosos títulos; acumular feraces propiedades; engendrar en el amor, con la mezcla de aquellas dos puras sangres inglesas que dimanaban de las venas de una misma raza, héroes, marinos, oradores, dignos de sostener su nombre en esos dos agitados elementos de la grandeza británica: en las asambleas y en los mares.

Con qué sencillez, propia de las *Confesiones* de Rousseau, ese eterno modelo del arte de las confidencias, describe lord Byron sus entrevistas en las colinas coronadas por una diadema de árboles; sus paseos por los lagos, y sobre todo, aquel en que la barca donde los dos iban, se apartó de todas sus compañeras para pasar primero por la boca de una caverna tan baja que les obligó á tenderse en el fondo de aquel lecho flotante, sobre las aguas cristalinas, como sus dos almas, lecho de castos, de platónicos amores, apenas expresados por la luz de una mirada, por la tristeza de un suspiro. Pero aquella joven le hacía padecer cruelmente. El noble lord no bailaba. Y su amada bailaba con sus amigos, que tenían el privilegio de ceñir aquella cintura, á la cual nunca se hubiera podido acercar Byron sin que todos sus nervios temblaran como sacudidos por el rayo. Mientras la dichosa pareja valsaba, el poeta se daba golpes en el corazón, temiendo que en todos los salones resonasen sus fuertes latidos. Y á pesar de no haberse nunca formalmente declarado, era comprendido. Sabe sondear muy bien la mujer el abismo de una mirada. Y era comprendido hasta el punto de recibir un retrato, que en aquel tiempo era una respuesta de amor. Pero un día creyó volverse loco. Atisbaba á un grupo de jóvenes, entre las cuales se hallaba Miss Caworth. Naturalmente, la conversación era de amores. Sus amigas le hablaban del lord, de sus prendas, de su hermosura, y de las miradas y los suspiros que habían sorprendido. Miss Caworth, sin desconcertarse, con la serenidad de la indiferencia,